



LEANDRO PÉREZ

**LA ÚLTIMA
NOCHE
DE LIBERTAD
GUERRA**

Leandro Pérez



La última noche
de Libertad Guerra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Leandro Pérez, 2022

Autor representado por DOSPASSOS Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: febrero de 2022

Depósito legal: B. 321-2022

ISBN: 978-84-08-25287-0

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Esta novela transcurre en el año 1981. Tanto los personajes como los hechos narrados pertenecen a la ficción. Suscribo estas palabras de Tolstói a propósito de *Guerra y paz*: «El tipo de literatura que tiene como objeto describir a personajes reales del presente o del pasado no tiene nada que ver con la literatura a la que yo me dedico».

Dicen que hay tres Españas. Pero hay otra más. La cuarta España es la España de la imaginación. La España de Libertad Guerra muestra, como cantó Joaquín Sabina, lo que pudo pasar y no pasó.

«Con tres heridas viene:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte».

MIGUEL HERNÁNDEZ

IMAGINA

—

UN DÍA DE MARZO DE 1981

Imagina que España no es un infierno. Es difícil, pero yo al menos lo intento. Salgo de la cama desnuda, todavía más colocada que resacosa, y cubro con la sábana a Imanol. Bueno, creo que se llamaba Imanol, pero no pondría la mano en el fuego. Vaya culo tiene, y vaya moratón le cruza la espalda, el tío recibió los porrazos por mí. Mientras me ducho, imagino que Antonio Tejero, el 23 de febrero teniente coronel y hoy director general de la Guardia Civil, sólo disparó al aire al irrumpir con doscientos picoletos en el Congreso de los Diputados, y que no mató con su pistola al presidente Adolfo Suárez, al general Gutiérrez Mellado y al dirigente comunista Santiago Carrillo. Imagino que los tres continúan vivos porque se tiraron al suelo como los demás diputados, y que tampoco han ajusticiado a Juan Carlos I el Breve y que la reina Sofía y sus hijos no se han exiliado en Nueva York. «Ajusticiado», así titularon la noticia, no casualmente, todos los periódicos madrileños, entre otros el mío, *Pueblo*. Ninguno dijo que el rey murió asesinado, como tampoco usan ahora la palabra *censura*, más les vale. Imagina que no llevamos un mes en estado de excepción y que en las cárceles no se hacían miles y miles de españoles.

Imagina que el Golpe de Estado fue una chapuza abortada en menos de un día y que la dictadura militar impues-

ta por el caudillo Jaime Milans del Bosch sólo es una pesadilla. Imagina que hoy, en España, no hay nada por que matar o morir.

Imagino que ya no me llamo Libertad ni me apellido Guerra. Así no puedo ir por la vida, pienso este día de marzo de 1981 mientras me enjabono el pelo.

Evaristo Ledesma, el director adjunto que desde hace días pisotea la redacción como si ya luciera galones de director, me soltó ayer, poco antes del cierre, una indirecta muy directa: tú verás, pero ahora tu firma parece un pseudónimo, con tu firma y encima con tus textos, todo el puto día pendiente de músicos maricas y artistas pervertidos, los censores se piensan que nos estamos quedando con ellos. Y eso sí que no, dice Evaristo, a tus colegas del rollo les parecerá total que te llames Libertad Guerra y que seas anti-española, antigolpista y antitodo, pero ahora mandan los que mandan, y han venido —le falta decir «hemos venido»— para quedarse.

Es la gota que colma el vaso. Sole, la colega del periódico con la que anoche salí de marcha, me contó algo que ya sabía por otros compañeros del periódico: Evaristo va diciendo que con veintiún años sólo escribo en *Pueblo* por mi padre, que soy una enchufada, como si Gabriel Guerra, mi padre, pintara algo ya. Pero tres años lleva ya sepultado en Lerma. Ahora, un poeta como él no pinta nada, sólo es un rojo que regresó a España durante el franquismo, nada más. Evaristo Ledesma no tardará en pegarme la patada.

Mi padre decía a menudo que vivió dos exilios, el mexicano y el interior, y que fue más amargo el segundo, marginado y pasado de moda. Cuando Franco murió en la cama, tampoco pudo celebrar nada: ya estaba muy enfermo y, como diría otro amigo suyo poeta, Luis Cernuda, cansado de estar vivo.

La caldera da para poco. Cuando el agua sale fría, cie-

rro la ducha, me seco con un albornoz, enrollo la melena en una toalla, rescato la cafetera del fregadero y preparo el primer chute de cafeína. Con la radio de fondo, desayuno una manzana y un cortado mientras hojeo los diarios de ayer. Recorro titulares y contemplo fotos con la mirada medio perdida, putos periódicos de mierda, sin noticias, sin verdades, nos han jodido bien, damos propaganda y fútbol, pintamos un mundo feliz sin represión, como si no pasara nada, y sólo me detengo para leer el artículo de Paco Umbral. Cuando el columnista confiesa que es «un pornógrafo resentido, un rencoroso lúbrico y un blasfemo irreverente», recuerdo con media sonrisa la primera vez que intentó ligotear conmigo: en Lhardy, a los postres, después de devorar un cocido madrileño y de presentar un libro. ¿Cómo llamó a mis pechos delante de la tribu de escritores y plumillas? Tardo en recordarlo. Hasta que no prendo el primer pitillo del día no caigo. Sí, tetamen. Antes de que estallaran las carcajadas, soltó que arrojaría su nuevo libro a la piscina de la dacha si cataba mi tetamen. Luego, en un cóctel, lo volvió a intentar con otra voz, menos atronadora y más tórrida y peligrosa, y sin buscar las risas de sus compinches; sin verlos, ya te digo que tienes los mejores pechos de Madrid, y si los viera, si me permites verte desnuda, me dejarán mudo, algo así dijo. Pego una calada y sigo leyendo. No soy la maja desnuda, ni la vestida, no me despeloto para nadie, cuando un tío me pone —y Umbral no me pone, que conste—, quiero arrancarle la ropa y que me la arranque, y que no se quede atontado mirándome las tetas. El resto de la columna no me dice nada, leo como quien oye llover que «los patrulleros universales y galácticos de la democracia guardan silencio y sombra la noche del 23F, esperando que gane el mejor, como los obispos. Finalmente se pronuncian por el que ha ganado». La política me la bufa. O eso digo. La política no

es lo mío. Ya no es ni lo mío ni lo de nadie, ahora toca sobrevivir o verlas venir. Esperar a que escampe y a que dejen de llover hostias y porrazos.

Dejo la taza en el fregadero, tiro las mondas de la manzana en el casi desbordado cubo de la basura, y de paso, también vacío allí un cenicero y empotro el casco de una litrona. Luego me seco el pelo, me lo cardo, me perfilo los ojos y me pinto los labios. Vuelvo al dormitorio. Imanol sigue frito. ¿O se llamaba Iñaki? No, Imanol, y es medio vasco. Cuando salió con la tontería del salto del tigre dijo que también era leonés, aunque luego fue tierno. Antes de que los maderos desalojaran a toda la basca jodimos como fieras en los baños del Rock-Ola, pero aquí, en casa, hubo más risas y caricias que sudor y pasión. Estábamos fundidos y muy pedo. A cualquier otro rollo de una noche ya lo habría largado, pero me pasaría la mañana contemplando cómo duerme. Parece un niño, un niño guapo, golpeado y sin afeitado. Con sigilo, y casi diríamos que al azar, saco del ropero los tejanos, la blusa, el chaleco y las camperas con las que pisaré la redacción de *Pueblo* una hora más tarde, después de soportar en el metro de Madrid, durante cuatro estaciones, la insistente mirada de un rijoso con gafas de culo de botella. Antes de pirarme de la buhardilla saco del bolso este cuaderno donde escribo y no dejo de escribir, aunque sea para nada y para nadie, o donde me digo que voy a escribir lo que vivo, aunque no escriba, y donde ahora escribo a lápiz, esta vez para Imanol: «¿Por dónde paras? Pega un portazo cuando te pires». Arranco la hoja y la pincho con una chincheta junto al cerrojo.

La hoja está clavada por la otra cara a las nueve de la noche. «Duermo poco y mal en la pensión Mari Trini (en Ballesta). A las siete iré a lo de Cortázar. Quiero verte».

Sonrío, recuerdo que cuando íbamos desde el Rock-Ola hasta la buhardilla le conté a Imanol que iba a cubrir la charla de Julio Cortázar y me río, me río para no llorar. Cómo mola que lo haya recordado, pero qué triste, qué putada, Imanol, o Manuel, o como te llames, fijo que te has presentado en el Centro Cultural de la Villa sin saber que los progolpistas ni siquiera han tenido que reventar el acto, como todos preveían, qué va. Nada más llegar a *Pueblo* me han dicho que el escritor argentino ni siquiera ha llegado a subir al avión: Cortázar y Miguel Rojas, ministro de Cultura chileno en los tiempos de Salvador Allende, se han quedado en París cuando Fabro, el nuevo alcalde de Madrid, ha contado en la SER, a primera hora de la mañana, que de ningún modo se iba a celebrar en su ciudad un acto revolucionario y que un escritor comunista y la mal llamada Comisión Argentina de Derechos Humanos jamás iban a denigrar a los fraternales militares argentinos y al recto gobierno del general Videla.

No, no voy a llorar, eso no, pero me sobran los motivos. Evaristo Ledesma no me va a pasar ninguna más. En cuanto pueda, me manda al archivo, o a la puta calle, me lo ha dejado hoy bien claro cuando le he propuesto entrevistar por teléfono a Cortázar. ¿Qué quieres, que ese intelectual trasnochado ose criticar nuestro régimen y ponga a parir a Videla, el hombre que más y mejor ha apoyado el golpe de timón de Tejero y Milans del Bosch? ¿Tú de qué vas, Libertad? Anda, vete a ver qué pasa con las licencias de la discoteca Eslava-Joy y no me toques los huevos, eso me ha dicho. Me encantaría tocártelos, sí, para caparte, cacho cabrón, me comes con los ojos y me machacas con tu boca.

Más mierda. A última hora, cuando ya habíamos cerrado la sección, Evaristo se ha pasado por nuestro rincón para anunciarnos que nos ha birlado dos páginas de Cultura. Han aumentado las de Religión para dar una exclusiva.

Eso ha dicho, una exclusiva. Este sábado viene a Madrid nada más y nada menos que Agostino Casaroli, el secretario de Estado del Vaticano, según Evaristo, el cardenal con más mando en plaza después de Juan Pablo II, y eso significa dos cosas: por un lado, que sigue siendo posible que el Papa venga pronto a España, eso sí que es un notición, dice entusiasmado Evaristo, nunca un Sumo Pontífice nos ha visitado y legitimaría nuestro Cambio de Rumbo —él habla así, el Golpe es un Acontecimiento—; por otro, que venga el cardenal también justifica por qué estas últimas noches los maderos no se cansan de hacer redadas: hay que limpiar de chusma Madrid, de maleantes y maricones, eso dice. Volvemos al franquismo. Hay que joderse, las calles lucirán limpias, como cuando nos visitaban dirigentes políticos para legitimar el régimen o como cuando Franco montaba desfiles.

En la nevera todavía sobreviven cuatro o cinco albóndigas. Mi madre se emperrió en que me llevara la cazuela, aunque no iré al pueblo hasta las procesiones de Semana Santa, a mediados de abril, si es que no me echan, claro, si me largan del periódico dejo Madrid y me vuelvo a Lerma, y luego ya veré, me piro a Londres o a París, me joderá alejarme de mi madre y la tata, mi queridísima hermana, pero esto es inaguantable. Enciendo el hornillo, recaliento por última vez la cazuela, rescato de la panera un corrusco fosilizado, abro una litrona y ceno con ansia, desde el pincho de tortilla a media mañana ha pasado demasiado. Como otras veces, he almorzado en un bareto que pillá cerca de *Pueblo* con Sole y con Rafi, un compañero de Cultura que disfruta más hablando de ligues que ligando, más que nada porque no se come una rosca:

—Así que dejaste plantada a Sole, guarra. ¿A que pillaste cacho?

—Bueno... —dije.

—Fijo que estaba cañón, no tienes tú mal gusto ni nada... —dejó caer Rafi.

—Esta no va a soltar prenda, pero ya te lo digo yo —terció Sole—. ¡Es un bombón! Y le fiché yo antes, pero ya ves...

—Qué cabrona, Libertad. Unas tanto y otras tan poco... Y lo digo por mí, Sole, no me echas mal de ojo. Y, esta vez, ¿cómo es? ¿Un chulazo moreno de los que marcan músculos y paquetorro, o un pijo rubiales, un querubín de los que se convierten en diablos al despelotarse?

—Pelo castaño. Más corto que largo. Más alto que bajo. Fuerte pero delgado. Y una mirada bonita, tierna —respondió por mí Sole—, y guapo hasta decir basta.

—¡Quién lo pillara! —suspiró Rafi.

Entre albóndiga y albóndiga, pulso el *play* en el radiocasete y pongo una vez más *The River*, el nuevo disco de Bruce Springsteen. Estoy a punto de quemarlo, de hartarme de escucharlo, pero hoy, ahora, encaja perfecto. Y se me ocurre, pensando en lo que dijo Sole, que Imanol tiene un aire a Bruce. No sé, tal vez por la forma de caminar, no por nada concreto, o quizá por la mirada. Después de *You Can Look* y antes de *The River*, la canción que da nombre al disco, Bruce canta *I Wanna Marry You* y la tarareo. Canto fatal, pero cuando estoy sola me mola cantar, y pienso, eso lo tengo más claro que el agua, que yo no me voy a casar hasta que no tenga treinta o treinta y cinco años; quiero vivir la vida, no como mi madre, que a los veintitantos ya había parido dos veces y, claro, ya estaba casada, según el abuelo mal casada, con mi padre, y cuando el tenedor pincha la penúltima albóndiga suena el teléfono y, casualidad, o no, es ella quien me llama:

—¿Libertad?

—¡Madre! ¿Cómo así? ¿Le ha pasado algo a la tata?

—No, no te alarmes. Todo como siempre: la tata feliz, de rosario en rosario en este puñetero valle de lágrimas. Pero ¿tú cómo estás?

—Bien, y con mucho currelo, que desde el sábado tampoco ha pasado gran cosa.

—¿Seguro? ¿No se ha puesto la cosa más complicada todavía? Porque aquí ya viste, en Lerma no se mueve ni Dios, pero dicen que en Madrid a muchos periodistas les han enchironado y que...

—Tranquila, madre. Además, lo que hagamos nosotros, los de Cultura, se la sopla a los censores. Estoy como siempre.

—No sabes lo que me alegra saberlo, Libertad. Y recuerda lo que te dije: al final siempre escampa. Ahora toca esperar y no hacer tonterías, ¿me entiendes?

—Sí, tranquila, y perdona, pero tengo que colgar, me has pillado saliendo de casa.

—¿A estas horas? ¿Pero no me dijiste que por las noches sólo hay militronchos?

—No, ahora hay maderos. Hay bastantes policías, pero los soldados por fin han vuelto a los cuarteles. Tranquila, madre. Y me pillas de milagro, salgo ahora a cubrir un concierto. Tranquila.

—Vale. Pero ten cuidado. Estos días me acuerdo mucho de ti, cuídate mucho, corazón.

—Sí. Un beso, madre.

—Otro, y ahora, cuando acueste a la tata, le doy uno de tu parte.

—Sí. Y dile: tata, beata, Libertad dice que te quiere mogollón mogollón, ya verás cómo se parte el culo de risa.

Si la tata no estuviera como está, en su mundo y como un tonel, aquí tendría a las dos, la una con el rosario —bue-

no, y con Jacinta— y la otra, más guerrera que cualquier otro Guerra de la familia, comprometida y cobijándome como siempre. Ay, madre, cuánto te quiero, pero qué bien que estés allí, me piro en busca de Imanol que aquí no pinto nada.
